

dando el onomástico del Rey de España. El día era claro, sereno; el cielo inmenso parecía recién lavado. El Sol esplendoroso que me había dado los augurios de este día, ponía un beso de oro en las telas rojas y gualdas.

El invierno con sus tristes notas, no se ha presentado en este hermoso día, en el que la naturaleza ha querido asociarse al homenaje, visitando sus mejores galas.

Los habitantes se lanzaron a las calles, y transitaba por ellas un gentío inmenso; soldados de todas categorías y de todas las armas con sus vistosos uniformes de gala paseaban entre la muchedumbre.

Desde lejos se oía cual corriente eléctrica, el alegre sonido de música militar, enervando a la multitud. De pronto cesó todo el movimiento; a lo largo de las aceras se formaron en línea recta, murallas humanas. Cada momento se percibía mejor el timbre de la música; una música genuinamente española, propia del pueblo del Dos de Mayo.

Se inició el desfile de la fuerza que iba a misa. Los soldados iban radiantes de alegría y en sus caras satisfechas se reflejaba el cariño hacia su Rey. Con sus labios balbucían una oración pidiendo al Rey de los Reyes días de ventura para su Monarca.

Al paso de la fuerza, la multitud saludaba a los defensores de la patria hispana. Las mujeres buscaban ansiosas al esposo, novio o pariente entre las filas de guerreros y al encontrarlos marchaban al flanco como filas exteriores acompañándolos. Y esas mujeres dejaban correr las lágrimas que brotaban de sus negros ojos, demostrando así al mundo la emoción y el orgullo que experimenta la matrona que ha llevado en sus entrañas a un héroe.

En las vidrieras y escaparates se exhibían fotografías y bustos del Rey. También se vendía su última fotografía; tomada en unas maniobras.

Él representa la España de ayer y de hoy; se revela en él, el espíritu caballeresco español y la caridad legendaria en nosotros, demostrada de manera palmaria al dedicarse a llevar, durante la guerra europea, un poco de sosiego a los hogares de los países en lucha.

Simboliza la España vieja, la España grande de aquel reinado glorioso, en el que el triunfador estandarte de Castilla, ondeaba orgulloso por todo el mundo, dejando ver en su seda los rampantes leones de oro y las barras rojas de Wifredo, origen de nuestra actual bandera.

Y bajo el ros, con su mirada seria, con sus facciones suaves, con su ligera sonrisa, pide a

su pueblo que se una, que deje a un lado luchas intestinas, disponiéndose a perder su sangre para conquistar el lugar que nos corresponde, para lo cual, él está siempre dispuesto a defender su honor y la existencia de su patria, de su pueblo y de su raza, cumpliendo así su deber de ciudadano, de soldado y de Rey.

CARLOS CALVO.

ESPIGAS AGENAS

Cuando se muere un hombre ¿todo muere?

El célebre Obispo de Ginebra, Monseñor Mermillod, viajando por Suiza cierto día se anticipó bastante a la salida del tren.

Paseaba por el andén, en cuyo extremo estaba sentado el maquinista, con su chaqueta azul y su pipa en los labios, aguardando la hora. Era un hombre alto, fornido, de miembros atléticos. Al pasar el Obispo, que iba sencillamente vestido de sacerdote, sin ninguna insignia que diese a conocer su dignidad y sin que le acompañara ningún capellán de honor, el maquinista le saludó diciéndole:

—Buenas tardes, Monseñor.

—¿Me conocéis?—le preguntó el Prelado.

—¿No os he de conocer? Habéis hecho mucho bien a mi familia. No lo olvidaré nunca.

El Obispo y el obrero entraron en conversación, que versó sobre las penalidades de un mecánico en aquellos ferrocarriles suizos.

—Comprendo que ha de ser tarea bastante ruda,—dijo Monseñor.

—No es por lo rudo de tarea; es por el estado de ánimo en que uno se encuentra. Porque el hecho es que cuando se tienen los pies en el fuego y la cabeza tomando el sol, la lluvia y la nieve; cuando de día y de noche es menester partir el aire andando a gran velocidad; cuando los ojos se hinchan y los nervios se excitan por tener uno que atender a varias cosas a un tiempo y todas muy serias, y se llega a mi edad, las piernas cansadas, los pulmones rojos, y esto para transportar como el rayo, de una a otra montaña, de un túnel a otro túnel, a gente que viaja por viajar, gente que en el mundo no sirve de nada, que no hace nada, elegantes y *elegantas* que sentados en blandos almohadones o echados en un *sleepings*, duermen dulcemente, sin más preocupación que sus placeres, entonces crea Monseñor, que hay alguna cosa que del fondo